

CAPÍTULO V

UNIDAD, PRAGMATISMO Y DESARROLLO:
LAS BASES DE LA ESTRATEGIA CHINA EN EL TÍBET

PILAR MARTÍNEZ OTERO

Resumen

Bajo la premisa *una sola China*, y habida cuenta de la *era de la humillación*, Xi Jinping y sus antecesores han implementado diferentes estrategias con el objetivo geoestratégico y de seguridad de integrar al Tíbet a China continental. Consecuentemente, diferencias culturales y la resistencia tibetana a las iniciativas chinas se han internacionalizado bajo los reclamos del Dalai Lama, líder espiritual tibetano en el exilio.

Desde 1951 el Tíbet es una región autónoma bajo la dependencia absoluta del Gobierno Central chino. La estrategia geopolítica actual sobre el Tíbet reviste dos dimensiones principales una económica y otra sociocultural, así como también consecuencias medioambientales. La primera dimensión se enmarca en proyectos para fomentar el desarrollo económico y la integración como la Iniciativa de la Ruta de la Seda (BRI u OBOR). La segunda se enmarca en el proceso de desplazamiento y contracción étnica de los grupos minoritarios.

Palabras clave: China – Tíbet – estrategia geopolítica – economía y sociedad

Introducción

La “unidad china” se presenta como un objetivo de seguridad y geopolítica china ya desde hace tiempo en la historia, la búsqueda por la cohesión e integridad interna bajo el control central del PCCh (Partido Comunista Chino) es importante para comprender el accionar del Estado en regiones donde habitan minorías étnicas como el Tíbet: “La respuesta de Beijing siempre será contundente e inamovible: el territorio además de indivisible, se debe ampliar para que la madre patria esté unida como alguna vez míticamente lo habría estado” (Haro Navejas, 2008: 573).

En este marco, se intentará en este capítulo analizar la importancia del Tíbet y la estrategia geopolítica china bajo el ideal de integridad territorial y también bajo su objetivo de desarrollo económico liberal que data desde el siglo XX y que continúa con fuerza. Para ello, en el primer apartado, se analizará la relevancia geoestratégica del Tíbet, sobre todo para China como potencia regional. En el segundo y el tercero, se realizará un breve repaso histórico a lo largo de las milenarias relaciones sino-tibetanas para comprender aún mejor su peso en la política china y los objetivos de progreso económico chino que llegan hasta hoy. Luego se explicarán separadamente las estrategias económicas y socioculturales empleadas en la región y, por último, las consecuencias en términos medioambientales del crecimiento económico.

Geopolítica y China

La geopolítica, ciencia ligada a la comprensión geográfica, política y estratégica del globo, pareciera un término antiguo y vinculado con polémicos e importantes autores como Mackinder en el siglo XX. Sin embargo, el prisma geopolítico actual resulta ser una herramienta óptima para intentar aprehender las dinámicas globales contemporáneas, entre ellas, el asunto objeto de nuestro ensayo: la estrategia china en el Tíbet.

En lo que respecta a su ubicación geográfica, el Tíbet se encuentra al suroeste de China, sus fronteras con India, Nepal, Bhutan and Myanmar. Se trata de una región amortiguadora (*buffer region*), un

espacio interno en las fronteras de China necesario tanto para contener las presiones externas como para servir de punta de lanza en la geopolítica regional y global (Hernández, 2009: 53). Esto hace que la seguridad y la estabilidad aquí sean prioritarias. Además, sus recursos naturales lo hacen uno de los mayores sistemas fluviales del planeta al abastecer ríos de China e India, entre otros. Constituye una fuente de poder nacional, y sirve como plataforma para mostrar al mundo el desarrollo tecnológico que migra fuera de las ciudades principales, además de reforzar su característica de estado multiétnico y multicultural (Montes Vásquez, 2012: 24).

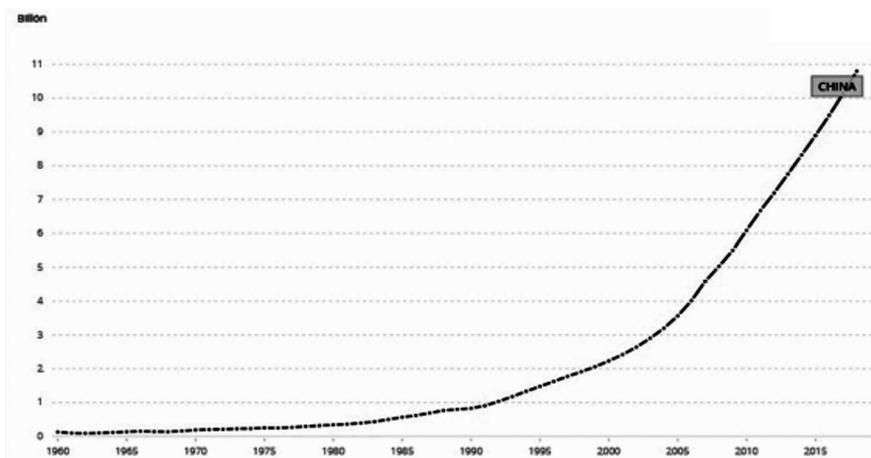
Asimismo, según el análisis de Cohen, el poder del Estado recae en cuatro pilares: (a) fuerza militar abrumadora y voluntad para utilizarla; (b) energía económica suficiente como para realizar inversiones y proporcionar ayuda a otros estados; (c) liderazgo ideológico, como modelo global; (d) sistema cohesivo de gobernanza. Bajo esta perspectiva analítica, China será relevante a nivel regional. Si bien su importancia en términos de *fuerza militar* no supera a Occidente, su *liderazgo ideológico* global es cuestionable y su *sistema cohesivo de gobernanza* recae sobre los fuertes controles del PCCh (Partido Comunista Chino), sí podemos afirmar que se trata de un Estado potencia en base al criterio *energía económica suficiente para realizar inversiones y proporcionar ayuda a otros estados* y que puede utilizar todo ese poder para influir directamente sobre Tíbet no solo con la fuerza centralizada del PCCh, sino también con la energía económica.

El crecimiento y desarrollo económico de China y su inversión en otros Estados, en perspectiva geoestratégica, son innegables. Entre sus estrategias de desenvolvimiento económico encontramos la participación en los procesos de integración regional, también con el objetivo de responder a la presencia de Estado Unidos en el Pacífico; la iniciativa *One Belt, One Road* para revitalizar la antigua Ruta de la Seda y reunir a Europa con China tanto por vía marítima como terrestre; la creación del Banco Asiático de Inversión en Infraestructura que hace frente a las instituciones financieras occidentales del Consenso de Washington (Ramón-Berjano, 2016a: 5-6).

Hoy por hoy, contemplamos el ascenso y desarrollo pacífico chino. El gobierno de Xi Jinping apuesta a una nueva etapa eco-

nómica para adentrarse en el “sueño chino” de la modernización y crecimiento teniendo en cuenta las dimensiones ambiental, social y tecnológica, como requisitos para pasar del *made in China* al *created by China* (Fornillo, 2016: 47).

Gráfico 1: PBI a precios constantes 2010 desde 1980-2018



Fuente: BM

Con Xi a la cabeza, Beijing ha intensificado el compromiso de la nación para actuar como un actor responsable y más activo en la comunidad internacional; de hecho, su influencia es evidente a lo largo y ancho del planeta, lo que, asimismo, conlleva oportunidades de cooperación como riesgos de conflicto (Rodríguez, 2016: 312-315).

En definitiva, es incuestionable el poder económico chino y su voluntad de ocupar un espacio importante en el sistema internacional, y su crecimiento en términos de capacidad militar. Sin embargo, el “factor seguridad se muestra para China en forma de desafío ante su ascenso dentro de la escena internacional” (León de la Rosa, 2014: 23) y es en este marco en el que cobra importancia el caso del Tíbet. Más aún habida cuenta de la cosmovisión de la dirigencia china y su autopercepción como el “país del Centro” dispuesto a irradiar su influencia a su alrededor, aspirando a un desarrollo armonioso (Velloso, 2016).

La integridad territorial es un objetivo geopolítico y de seguridad fundamental a lo largo de la historia para China, el ideal de *una sola*

China impulsa una identidad nacional interior fuerte y se extiende a la comunidad internacional. Sin embargo, como no toda la población pertenece a los Han (grupo étnico mayoritario en el territorio), existen 55 minorías étnicas reconocidas, entre ellas la tibetana, que serán un punto de quiebre en la política interior china (León de la Rosa, 2014: 2-5). Agrega Cohen: “Durante la mayor parte de los cuatro milenios de historia china, su orientación geopolítica ha sido continental. Fue la China continentalista la que dio forma a la cultura cerrada, la religión, el idioma dominante (mandarín) y el sistema burocrático imperial de la nación. Esta es la cultura que alimentó el alto grado de etnocentrismo de China y su arraigado sentido de superioridad racial” (2014: 273).

Se interpreta, entonces, el asunto del Tíbet y su potencial separatista como un asunto esencialmente estratégico y de seguridad (Bhattacharya, 2013).

China tiene un gran peso económico y voluntad de ocupar un espacio importante en el sistema internacional. Sin embargo, asegurar su integridad territorial es un desafío, históricamente importante, y actualmente clave en sus objetivos en la arena internacional. Regiones autónomas como el Tíbet pueden determinar gran parte del futuro del PCCh (Partido Comunista Chino) y del éxito del proyecto nacional (León de la Rosa, 2014: 23-26). Para comprender qué significancia tiene esta relación milenaria es preciso recurrir a la historia.

China y el Tíbet a lo largo de la historia

El vínculo entre China y el Tíbet es milenario, podría decirse que la relación entre ambos actores, a lo largo del tiempo, ha mostrado dos tendencias: una línea más dura y otra gradualista (Goldstein, 2004).

El Tíbet fue un reino independiente por cientos de años, que luchó por la supremacía de la región de las mesetas al este del Himalaya y la Ruta de la Seda hasta la llegada de la dinastía Yuan de origen mongol a Beijing (Hernández, 2009: 60). Los tibetanos consideran la relación con el Imperio mongol de *sacerdote y mecenazas*, pues “los gobernantes mongoles sirven como patrocinadores

del Tíbet a cambio de la guía espiritual de los grandes lamas del Tíbet” (Goldstein, 2004: 188). Para China, la pertenencia del Tíbet al Imperio lo hace parte del territorio chino, para los tibetanos este argumento es insuficiente sosteniendo que China también fue conquistada por el Imperio mongol.

En 1644, con la conquista manchú, bajo la dinastía Qing (1644-1911), la relación fue de subordinación y se instaló un protectorado en el Tíbet. Sin embargo, no se convirtió en parte integral del territorio chino y continuó bajo sus normas. En este sentido, “la delimitación de la frontera no significó de ninguna manera la integración territorial total de las tierras étnicamente tibetanas al este bajo el dominio político directo de Qing” (Gros, 2019: 20). Además, frente a las amenazas internas y externas que el Imperio manchú sufría, su hegemonía fue en declive, así como también la importancia estratégica que revistió el Tíbet en el siglo XIX.

En definitiva, la dinastía Qing no tuvo la fuerza ni la habilidad para hacer frente al colonialismo moderno europeo del siglo XIX, se vio forzado ante la debilidad y la derrota militar a tolerar el comercio del opio y a firmar tratados desiguales de comercio exterior, cedió Hong Kong a Gran Bretaña y Macao a Portugal. Esta humillación por parte de las potencias extranjeras contribuyó a la rebelión Taiping (1850-1864), a la rebelión Boxer (1899-1901) y a la caída de la dinastía Qing. La inestabilidad interna y la debilidad exterior llevaron a la intromisión del Gobierno británico en los asuntos tibetanos (Hernández, 2009: 48-49).

Empero, la llegada a India del Imperio británico y su influencia en Nepal, Sikkim y Bután en el Himalaya cambió rotundamente el escenario, las relaciones sino-tibetanas cambiarían su dinámica. Con la imperiosa necesidad de expandir su influencia hacia el Tíbet, el Imperio británico en India realizó enormes esfuerzos de negociación, aunque finalmente utilizó la fuerza para lograr su cometido. La convención anglo-tibetana da cuenta de esto, aquí se excluía la autoridad china sobre el Tíbet y se convertía en una virtual dependencia británica. Es evidente, la hegemonía china se veía amenazada, su necesidad de actuar era inminente. Al poco tiempo, sin embargo, tras negociar con China le cedió la concesión y autoridad legítima sobre el Tíbet. El Imperio manchú reaccionó contundentemente a los intentos británicos de controlar el Tíbet a principios

del siglo XX pese a todas sus vulnerabilidades (Hernández, 2009: 49), establecería una línea mucho más rígida y de carácter integracionista respecto al Tíbet y las regiones cercanas habitadas por esta etnia. Si bien en 1913 el Dalai Lama expulsa a las tropas chinas y oficiales, y se declara autogobierno, el estatus del Tíbet aún no estaba definido. Sus opciones se reducían a negociar con China o asumir los costos de la independencia. Rápidamente el Tíbet recurrió a ayuda inglesa para iniciar una negociación.

En 1913, Beijing se vio forzado a participar en la Conferencia de Simla (India) junto con el Tíbet. El acuerdo político consecuente declaraba que “el Tíbet sería completamente autónomo de China, reconociendo así la soberanía china sobre el Tíbet” (Goldstein, 2004: 191). Sin embargo, China se opuso a ratificar, y continuó discursivamente remarcando la pertenencia del Tíbet a China. Como se encontraba debilitada, y enfrentando a Japón en el marco de la Segunda Guerra Mundial, fue difícil convertir las palabras en actos. Los 37 años siguientes (1913-1951) el Tíbet funcionará como una nación independiente conduciendo todas las funciones gubernamentales sin interferencia de China o de cualquier otro país. Ahora bien, dadas las grandes capacidades diplomáticas chinas nadie lo reconocerá como tal.

Con la llegada del comunismo al poder, en 1949, el Partido Comunista Chino, con Mao Zedong a la cabeza, intentará volver a la definición de las fronteras históricas (Hernández, 2009: 50). El Gobierno comunista chino ahora denotará fortaleza y determinación para dirimir el asunto del Tíbet. Aunque la incorporación del Tíbet a la República Popular China tuvo lugar gradualmente en la década de 1950.

Los objetivos prioritarios del PCCh yacían sobre el nacionalismo y la unificación, más aún luego de la humillación sufrida por el hostigamiento de potencias imperiales occidentales. Tal es la relevancia que “una de las estrellas de la bandera de la República Popular China representa al Tíbet; la idea de permitir que un área tan grande siguiera su propio camino era desagradable, sobre todo porque no reintegrar al Tíbet representaba un grave peligro para la seguridad nacional” (Goldstein, 2004: 192). Sin embargo, la política del PCCh será de respeto a las minorías étnicas, convirtiéndolas en regiones autónomas, lo que implica tolerancia a su cultura, lengua y religión.

Respecto al Tíbet, particularmente, habida cuenta de su funcionamiento independiente a lo largo de casi cuatro décadas y de la vulnerabilidad que podría significar que la mencionada región se vuelva anticomunista, aquí las reformas comunistas no se impondrán de inmediato y se respetaría la autoridad del Dalai Lama internamente.

Sin embargo, la reticencia del Tíbet a volcarse a China, atea y comunista, llevó a la intervención del PLA (*People's Liberation Army*) en las provincias del este del Tíbet para forzarlas a una negociación “pacífica” para la liberación del Tíbet. Como consecuencia, se firma el Acuerdo de los Siete Puntos para la Pacífica Liberación del Tíbet en 1951. Lo indicaba la formal anexión del Tíbet a China el 23 de mayo de aquel año (Hernández, 2009: 51), aunque posea un estatus particular, tendría autonomía regional bajo el liderazgo del Gobierno central chino.

Los tibetanos consideran que no les queda más alternativa que firmar el acuerdo, para evitar un enfrentamiento directo e invasión de China que terminará con la existencia de su régimen teocrático. Sin embargo, el sentimiento hostil hacia China en la elite tibetana despertó actividades y levantamientos. Más aún, la imposición de reformas socialistas en las provincias como Sichuan hizo arder la resistencia en Lhasa (capital del Tíbet). Consecuentemente, “la represión del levantamiento de Lhasa en marzo de 1959 y la huida del Dalai Lama a la India marcaron el fin del gobierno tradicional tibetano” (Gros, 2019: 31). Finalmente, con el exilio del Dalai Lama, el asunto cobró relevancia internacional. Su creciente perfil en el exilio y el de la causa separatista del Tíbet en los países occidentales desde finales del siglo XX han traído una gran atención popular, aunque no necesariamente gubernamental (Hernández, 2009: 51).

El gradualismo de Mao había fallado. Las directrices acerca de las relaciones sino-tibetanas cambiaron rotundamente. La política de liberalización y apertura impulsada por Deng Xiaoping en 1978 permitirá una renovación cultural y religiosa en el Tíbet. Sin embargo, manifestaciones y protestas independentistas tendrán lugar en Lhasa entre 1987 y 1989, la división cultural y fuertes reivindicaciones de identidad persistirán a pesar de los continuos esfuerzos del gobierno chino respecto al desarrollo económico en el Tíbet,

comunidad autónoma en el marco de una nueva perspectiva política (Gros, 2019: 31).

De Deng Xiaoping a nuestros días

Desde el ascenso al poder de Deng Xiaoping, el final del maoísmo y la guerra de Vietnam (Cohen, 2014), China dio un giro en materia económica rumbo a una transformación occidental capitalista conocida como *reforma y progreso* (Zhang, 2016: 118). Deng impulsó la apertura económica, centrando su desarrollo en las zonas costeras estratégicas para el florecimiento del comercio, impulsando con vigor el desenvolvimiento de las fuerzas marítimas. Así de forma escalonada, en tres pasos desde la costa al centro y luego hacia el oeste, se lograría la apertura económica por etapas y en forma gradual (Ramón-Berjano, 2016). Incluso señala Cohen respecto al desarrollo marítimo: “Si bien la orientación geopolítica y el desarrollo de China han sido históricamente continentales, la maritimidad también ha puesto su sello en la personalidad y el enfoque de la nación” (Cohen, 2014: 273).

El desarrollo y fortalecimiento económico ha buscado extenderse hacia el oeste como una herramienta para “finalmente ser capaz de lograr la lealtad política de los tibetanos a China. En el Tíbet, como en Xinjiang, la política de desarrollo económico está respaldada y facilita una política de colonización” (Smith, 2004: 32). Además, a partir de ahora, los actores importantes de la estrategia geopolítica serían la mayoría étnica han y el gobierno central, impulsores del objetivo central: *progreso y modernización* (Haro Navejas, 2008). De hecho, la política de Deng en 1987 señala “que el PCCh ya no restringiría el número de han en el Tíbet, ya que eran necesarios para el desarrollo del Tíbet. La declaración de Deng abrió las puertas a la colonización china desenfrenada en el Tíbet” (Smith, 2004: 18).

La antigua sociedad tibetana es considerada como una de tipo feudal, más oscura y atrasada que la Europa medieval por el PCCh, por este motivo, el desarrollo de planes enfocados a distintos frentes para contribuir al desarrollo y mejoramiento de la calidad de vida de los pobladores de la región fue primordial (Montes Vásquez,

2012: 18), impulsando un proceso relevante: la construcción de la *nación multiétnica unificada* (Zhang, 2016: 118). En definitiva, a principios de los 80 se tenía como objetivo el desarrollo económico del Tíbet en el marco de la política de apertura de Deng Xiaoping y para ello “el PCCh esperaba que las políticas económicas y culturales liberalizadas en el Tíbet resolvieran cualquier descontento tibetano restante con el gobierno chino e incluso convencieran al Dalai Lama de que regresara, resolviendo así finalmente el problema de la legitimidad de China en el Tíbet” (Smith, 2004: 22).

Sin embargo, el progreso económico impulsado por las reformas económicas liberales, por un lado, revitalizaron y revivieron la religión y la cultura tibetana (Smith, 2004: 18); por otro, sembraron incertidumbre sobre el futuro y supervivencia de la cultura tibetana, “también introdujeron un flujo de chinos que aumentó (en lugar de aplacar) los temores tibetanos sobre la asimilación y la supervivencia cultural” (Carlson, 2004: 22). En este marco, los monasterios fueron reconstruidos y se convirtieron no solo en centro religioso, sino también en núcleo del nacionalismo tibetano, cuya resistencia muestra su máxima expresión en los disturbios de 1987-1989 y culminará con la aplicación de la ley marcial en el territorio en marzo de 1989 (Smith, 2004: 18). Los acercamientos anteriores entre el PCCh y el Dalai Lama y la intención de repatriar a este último disminuyeron.

La mencionada coyuntura social y política a nivel interno, a fines de la década del 80, complicaba la estabilidad del gobierno y su imagen internacional, y volcaba buena parte de la atención mundial sobre China a causa de la represión de Tiananmen y el Premio Nobel de la Paz concedido a Tenzin Gyatso (el Dalai Lama) (Montes Vásquez, 2012: 18), que ocupó un rol extendido en la arena internacional al visibilizar la cuestión del Tíbet haciendo hincapié en las faltas a los derechos humanos (Carlson, 2004: 29-30).

La opinión pública y el marketing político impulsado por el Dalai Lama han difundido la situación alrededor del globo hasta llegar a ser conocidas en Occidente y generar posturas a favor de la “liberación” del Tíbet (León de la Rosa, 2014: 21). La internacionalización e introducción de los derechos humanos y otros países en la discusión fueron interpretados por la elite china como una intromisión en los asuntos interiores y la actitud del Dalai Lama como una iniciativa

separatista que aumentó el accionar unilateral de China sobre el Tíbet para asegurar sus derechos soberanos (Carlson, 2004: 22).

Bajo el artículo 36 de la constitución china que dice: “Ninguna persona puede realizar, al amparo de la religión, actividades que atenten contra el orden público, causen daño a la salud de los ciudadanos o perturben el sistema educacional del Estado. Las organizaciones y asuntos religiosos deben mantenerse libres de todo control extranjero” (León de la Rosa, 2014: 20), el asunto del Tíbet será interpretado como una amenaza a la región bajo el peligro de ser “separados de China por una convergencia conspirativa de enemigos externos e internos” (Carlson, 2004: 23). La independencia del Tíbet sería innegociable, tal y como se plasma en el Libro Blanco de 1994 (Montes Vásquez, 2012: 18).

En definitiva: “Desde 1989, China ha instituido una política en el Tíbet que restringe todos los aspectos de la autonomía cultural y política tibetana que posee implicaciones nacionalistas en casi todos los aspectos de la autonomía. Esto se ha combinado con la represión continua de la oposición, campañas de ‘educación patriótica’ y un desarrollo económico que tiene como objetivo beneficiar a los tibetanos leales y apoyar la colonización china” (Smith, 2004: 20).

Así, por un lado, continúa vigente la construcción de una China unificada, fuerte y nueva, que nació principalmente como reacción a la humillación de los poderes imperialistas (Zhang, 2016: 116-117) y la consideración geoestratégica del Tíbet como territorio que enlazaba el centro y sur de Asia (Montes Vásquez, 2012: 42). Por el otro, el fuerte deseo de desarrollo económico, aunque hoy, en términos de política exterior, de “desarrollo económico y posicionamiento a nivel mundial como destino seguro para invertir” (Montes Vásquez, 2012: 41). Pues Xi Jinping marca su impronta desde 2013 con la teoría del “sueño chino”, concepto a través del cual se plasman las prioridades de la población china: revitalización de la nación, reforzamiento del ejército, prosperidad y mejora de la calidad de vida de las personas. Así como también el foco central en la participación más fuerte de China en el sistema internacional (Rodríguez, 2016: 311).

Además, en esta línea se hace comprensible que, a pesar de la internacionalización del asunto sino-tibetano, las numerosas marchas, publicaciones en favor de los derechos humanos, los nume-

rosos grupos pro-Tíbet y el apoyo de reconocidas personalidades a la causa encabezada por el Dalai Lama, los estados priorizan entablar sus relaciones económicas con el enorme mercado y la gran cantidad de población productiva que significa China, en detrimento de cuestiones como los derechos humanos (Montes Vásquez, 2012: 41-47).

El Tíbet reviste gran importancia estratégica y de seguridad para China, es *securitizable* en tanto resulta primordial para el mantenimiento de la unidad continental y la influencia en el continente asiático. En este sentido, desde Deng Xiaoping, la estrategia ante el Tíbet incluye seis aspectos: desarrollo de infraestructura, “hanificación”, extracción de recursos, despliegue militar, protección ecológica y represión (Bhattacharya, 2013: 7-8). Para un análisis adecuado, en el presente capítulo agrupamos los aspectos en medidas económicas, socioculturales y ecológicas.

Estrategia económica china en el Tíbet

En lo que refiere al primer aspecto, el diseño político-económico desde Deng Xiaoping consiste en promover el comercio hacia el Este asiático y expandir su desarrollo hacia el Oeste (*Go West*), así fomentar el crecimiento económico a través de proyectos de inversión, sobre todo en infraestructura, como la conexión ferroviaria entre Qinghai y Tíbet que une unos 2000 km y fue inaugurada en 2006. Y seguidamente, mediante la creación de polos o “hubs” de desarrollo, como la municipalidad de Chongqing y la ciudad de Xi’an (Ramón-Berjano, 2016: 55-56). Esto que China ha denominado “un desarrollo económico, en una atmósfera de paz” fue lanzado mediante el Plan de Desarrollo de la Región del Oeste (Velloso, 2016: 20).

La mencionada política, que fue formalmente lanzada con el X Plan Quinquenal (2001-2005), ha mantenido vigencia en las siguientes ediciones planificadas. El mayor éxito de esta iniciativa, indudablemente, fue el trazado y la puesta en funcionamiento del ferrocarril más largo (1956 km de longitud) y elevado (1527 m sobre el nivel del mar) del mundo, que une los centros comerciales más antiguos de la Ruta de la Seda, Xining en la provincia de

Qinghai y el Tíbet. Desde entonces, a través de una red troncal, es posible llegar desde Beijing hasta el Tíbet, incentivando con fuerza el comercio y el turismo. También el Plan previó la ampliación de los aeropuertos existentes, así como un entramado de rutas que faciliten los desplazamientos y la integración con el resto del país. En un contexto de continuidad, se ha previsto en el XII Plan Quinquenal (2016-2020) la propuesta de un nuevo ferrocarril que unirá la capital tibetana Lhasa con la ciudad de Chengdu, corazón geográfico de China, que estará destinada a constituirse en uno de los nuevos *clusters* de la expansión económica china hacia el oeste. El nuevo ferrocarril recorrerá en 15 horas 1629 km entre ambas ciudades a través de la meseta tibetana, con alturas superiores a los 4000 m sobre el nivel del mar (Velloso, 2016: 19-21).

**Gráfico 2: Proyecto ferrocarril (2016-2020),
estrategia *Go West***



Fuente: Velloso, M. A. (2016). "La estratégica región del altiplano himalayano". En: *China en 2016: reforma política, programas de desarrollo e inserción económica internacional*. (Rep). Consejo Argentino para las Relaciones Internacionales (CARI). DOI: 10.2307/resrep21030.1

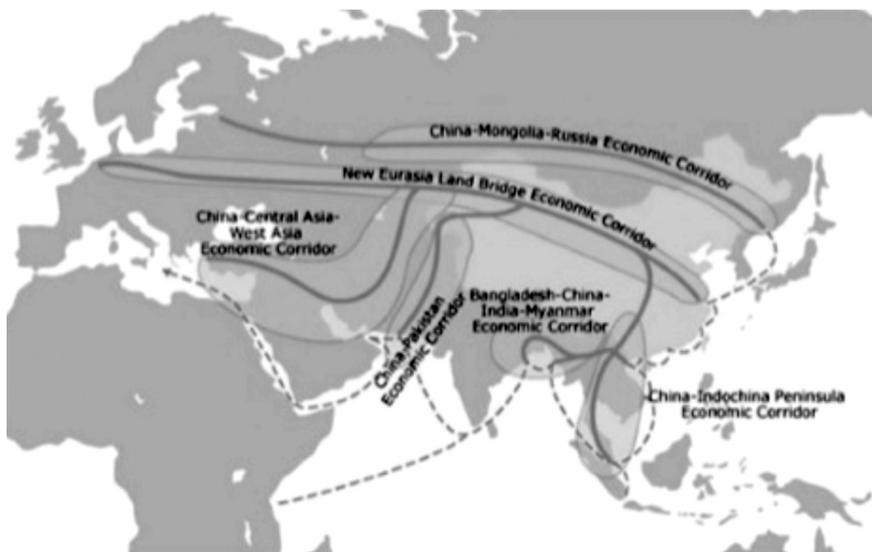
Esta inversión en infraestructura tan importante y sostenida en el tiempo para vincular la región, bajo el título de impulsar el desarrollo económico hacia el oeste, no deja de tratarse de un asunto de geoestratégico y de seguridad para mantener la influencia y unidad china, como afirma Bhattacharya: “Las cuestiones de seguridad se manejan mejor a través del prisma del desarrollo económico. Esto resume la noción de Deng Xiaoping de integración política a través del desarrollo” (2013: 5).

En esta línea, recientemente, en el primer mandato de Xi Jinping, la gran estrategia china se ha reorientado priorizando su liderazgo a nivel continental y protagonismo a nivel global, en búsqueda de cumplir el “gran sueño chino”, desarrollando en el ámbito diplomático a nivel regional la *diplomacia del buen vecino* con el propósito de proyectar su poder e influir en la región asiática (Malena, 2018: 20-26).

La iniciativa política fundamental de Xi, lanzada en 2013 durante su visita a Kazajstán, recae sobre el renombrado proyecto en ejecución de la Ruta de la Seda, OBOR (*One Belt, One Road*) o BRI (*Belt and Road Initiative*), para promover la cooperación y el desarrollo económico entre los países de China y Asia Central.

Las iniciativas de coordinación de políticas entre países del OBOR incluyen áreas de cooperación para implementar políticas conjuntamente; resolver eventuales conflictos; promover vínculos entre los países y las distintas regiones, asunto vital para el éxito de la iniciativa conjunta; el compromiso de reducir barreras tanto a la inversión como al comercio, teniendo en cuenta el desarrollo regional y la integración en las cadenas productivas de valor; también se tiene en cuenta la integración financiera entre los países y se harán esfuerzos en intercambios culturales para profundizar las relaciones entre los pueblos. De esta manera, la iniciativa cumple no solo el objetivo de continuar y completar el proceso de desarrollo escalonado comenzado en la década del 80, sino también de insertar a China aún más dentro de la economía mundial. Así es que impacta significativamente en las economías de la región y a nivel internacional en lo que respecta a las relaciones de comercio, inversión e infraestructura entre Asia, Rusia y Europa (Ramón-Berjano, 2016: 43-65).

Gráfico 3: Seis corredores económicos, la iniciativa OBOR para la conexión Asia-Europa-África



Fuente: Ramón-Berjano, C. (2016). “La iniciativa ‘Un cinturón, un camino’ y el desarrollo del oeste de China: Impactos domésticos e internacionales”. En: *China en 2016: reforma política, programas de desarrollo e inserción económica internacional*. (Rep.). Consejo Argentino para las Relaciones Internacionales (CARI). DOI: 10.2307/resrep21030

Asimismo, como hemos mencionado al comienzo, puesto que el Tíbet limita con la India, la democracia más grande del mundo, un estado emergente con gran potencial a nivel económico y poseedor de armas nucleares, su importancia radica en ser un asunto *securitizable* para ambos países, y determinante en sus relaciones. La proximidad geográfica, el sentimiento de amenaza y la importancia geopolítica del Tíbet para China serán variables importantes en el análisis.

Sin embargo, vale la pena agregar que la doctrina de defensa de la India, basada en *two front war* (estatus beligerante a Pakistán y a China), actualmente pareciera ser diferente. India está interesada en descomprimir los conflictos regionales y lograr cooperación. Aunque en este nuevo contexto parecería que los mayores temores hindúes están centrados en una posible “invasión comercial” susceptible de desbalancear la región. En síntesis, es una nueva muestra de que la estrategia China del *Go West* ha logrado más de lo

esperado al despejar y descomprimir una de las más firmes hipótesis de conflicto regional, y la posibilidad de lograr un desarrollo pacífico en la región del Himalaya (Velloso, 2016: 26-27).

Haciendo un repaso de las iniciativas *Go West* hasta la resonante iniciativa de OBOR, la importancia estratégica del Tíbet se deduce del “paradigma de seguridad clásico chino de *neiluanwai-huan* significa que el caos interno invitaría a la agresión extranjera” (Bhattacharya, 2013: 5). Asimismo, evidencia que la “urbanización ha surgido como una nueva herramienta de gobernanza multiétnica para el PCCh: una estrategia integral para el sueño del presidente Xi Jinping del ‘gran rejuvenecimiento’ y la ‘conciencia comunitaria’ de la nación china” (Roche, 2020: 177).

Estrategia sociocultural china en el Tíbet

Los aspectos étnicos, sociales, religiosos, culturales agregan particularidades dignas de análisis y se encuentran estrechamente vinculados con lo anterior. Con Deng Xiaoping, la estrategia conforme al Tíbet tuvo dos ejes: uno económico y otro cultural o étnico (Goldstein, 2004). La dureza post-1959 disminuyó en lo relativo a este último aspecto cultural. También unilateralmente se intentó un acercamiento al Tíbet. Se trataba de una política de término intermedio entre la línea dura y el gradualismo: si bien acepta las disidencias culturales, no estaba dispuesto a aceptar otro sistema político, como sí proponían los tibetanos.

Aun así, como hemos mencionado, la poco poblada región autónoma del Tíbet fue uno de los focos de resistencia al gobierno y la idea de su plena integración a este país. Su líder espiritual (Dalai Lama) desde el exilio alza la voz en contra de la “ilegal ocupación de China en el Tíbet”, el incumplimiento de los derechos humanos y la pérdida de libertad (Goldstein, 2004). En vista de la inflexibilidad tibetana respecto a su independencia, se ha vuelto una cuestión de seguridad el control soberano sobre la región, la vuelta a la línea dura (*hard line*) fue inminente. Ejemplo de esto resulta la retórica de Hu Jintao en 2003, que enfatiza la importancia de la soberanía china sobre el Tíbet en base a tres principios: adherencia al socialismo, liderazgo del PCCh y la autonomía regional para las minorías (Bhattacharya, 2013: 11).

Cabe mencionar aquí lo que se conoce como “hanificación”, proceso que tiene como objetivo lograr una mayoría han para lograr la unificación de las partes a un todo e identificar a los grupos minoritarios (tal es el caso de los tibetanos) como grupos de folclor que serán “recipientes” de la etnia han, pues ellos los conducen al desarrollo económico (Haro Navejas, 2008). Desde una interpretación crítica: “Muchos entre la mayoría étnica han de China han visto durante mucho tiempo a los tibetanos como culturalmente atrasados: salvajes supersticiosos que requirieron ‘salvar’ y ‘civilizar’ por parte del Partido Comunista Chino (PCCh) para traerlos al mundo moderno junto con los han” (Roche, 2020: 177).

Lo cierto es que los procesos migratorios internos han ido en aumento. Los han son mayoría en regiones como el Tíbet, donde la presencia tibetana y de otras pequeñas etnias eran características. No solo se limitan sus expresiones culturales, sino también se lo hace mediante “la dominación numérica”, la asimilación o desaparición de ciertas etnias, sobre todo bajo el paraguas del desarrollo económico y el camino a la modernización (Haro Navejas, 2008). Dados los flujos de inmigración masiva de la etnia han al Tíbet, producto del requerimiento de mano de obra especializada para las nuevas empresas estatales y las inversiones en áreas rurales, los tibetanos son marginalizados en su propia sociedad (Bhattacharya, 2013: 8).

Cabe resaltar que “más allá de los cíclicos levantamientos tibetanos, procurando llamar la atención de la comunidad internacional respecto del desplazamiento étnico del que son objeto ante una creciente presencia Han en su territorio, debe mencionarse que hasta el presente ningún país ha reconocido su estatus de territorio independiente ni apoyado las pretensiones de autonomía perseguidas por el Dalai Lama” (Velloso, 2016: 24).

Entre los levantamientos recientes más importantes podemos mencionar el reclamo de 2008, en el aniversario del levantamiento tibetano contra China, que logró la movilización inmediata de las fuerzas militares chinas y escaló gradualmente hasta terminar en violencia¹. Asimismo, recuerda Bhattacharya, que en marzo de

1. Información de BBC News, 19/3/2008, Disponible en: http://news.bbc.co.uk/hi/spanish/international/newsid_7304000/7304215.stm

2011 “la policía detuvo violentamente una reunión de oración en el templo budista de Katmandú. Decenas de monjes budistas se habían reunido para conmemorar el 60° aniversario de la invasión del Tíbet” (2013: 11). Asunto no menor para la comunidad internacional occidental descontenta ante las faltas a los derechos humanos. Incluso, vale agregar que la situación de violencia hacia la comunidad tibetana se evidencia en la cantidad de tibetanos refugiados, según datos de la ACNUR son 13.530 los refugiados en 2018², principalmente en Nepal.

Si bien el gobierno se ha esforzado por presentarse como una sociedad armoniosa, los cíclicos levantamientos se presentan como fallas al objetivo, sugiriendo que la mencionada armonía no es más que una fina costra social bajo la cual se esconden fricciones y profundos deseos de separación (Gladney, 2009: 121-122).

Aunque los países occidentales han animado el acercamiento entre China y el Tíbet, y representantes del Dalai Lama han mantenido conversaciones con las autoridades chinas para resolver la cuestión de la autonomía del Tíbet, no se ha llegado a un acuerdo aún. El Dalai Lama, junto con miles de tibetanos, conforma hoy una comunidad en la India constituida desde que el líder espiritual tuviera que huir en 1959, tras el alzamiento tibetano contra la ocupación china (Velloso, 2016: 24-25). Aunque, como se mencionó, las relaciones entre China e India han mejorado en el marco del BRICS y de la iniciativa OBOR, en pos de no perjudicar el desarrollo económico y, consecuentemente, en favor de la iniciativa geoestratégica china. Incluso, en el marco de la visita del primer ministro indio Atal Bihari Vajpayee a China, en junio de 2009, el Gobierno hindú declara que reconoce que la Región Autónoma del Tíbet es parte del territorio de la República Popular China y que no permitirá que los tibetanos desarrollen una actividad política anti-China en la India (Ibídem: 25-26).

En definitiva, mientras China mantenga robustos vínculos diplomáticos y también su fortaleza económica, será más difícil que las amenazas separatistas sean en definitiva exitosas. “Mientras que una China fuerte nunca se verá seriamente amenazada por el separatis-

2. Informe ACNUR-2018. Disponible en: <https://www.acnur.org/5d09c37c4.pdf>

mo étnico por sí solo, una China debilitada por el conflicto interno, la inflación, el crecimiento económico desigual o la lucha por la sucesión política podría dividirse todavía más por diferencias culturales y lingüísticas” (Gladney, 2009: 127).

Aunque desde la perspectiva de Bhattacharya “inevitablemente, la cuestión tibetana, que es esencialmente una búsqueda de la identidad tibetana, seguirá siendo un desafío formidable para la seguridad de la periferia de China y es probable que siga sin resolverse” (2013: 11). Exaltando entonces la necesidad de una respuesta étnico-cultural a un problema étnico-cultural del Tíbet, pues la búsqueda de unidad nacional y las medidas de desarrollo económico, social, educativo en la región han aumentado la interacción de tibetanos con chinos de la etnia han, modificando su configuración social (Montes Vásquez, 2012: 25), y llama la atención sobre la supervivencia de la cultura tibetana.

Problemática ecológica

En lo que respecta al aspecto ecológico, resulta ser un aspecto de agenda que cobra cada vez más relevancia a nivel local y global, quizá cada vez más *securitizado* e importante con relación al Tíbet.

El crecimiento vertiginoso de los últimos 30 años derivó en que haya contaminado el 70 % de sus ríos, casi la totalidad de sus napas de agua; padece lluvia ácida, tormentas de arena, erosión sistemática de las tierras de cultivo, deforestación, contaminación del aire y un cúmulo poblacional recostado excesivamente sobre el este litoral del país; la incorporación de patrones ecológicos resulta indispensable para que China no se vuelva insostenible para sí misma (Fornillo, 2016: 45).

El altiplano del Himalaya, considerado hoy por los expertos como el Tercer Polo, contiene cien veces más hielo que los Alpes. Es, en la actualidad, la principal fuente de agua de toda Asia, y es en sus alturas donde nacen los diez principales ríos de la región, que abastecen a China, India, Vietnam, Camboya, Laos, Tailandia, Myanmar, Bangladesh, Pakistán y Nepal. Provee el 30 % de los recursos acuáticos chinos, además de tener un enorme potencial para el desarrollo de proyectos hidroeléctricos. La importancia del

Tíbet desde el punto de vista ambiental pone en jaque el desarrollo económico regional, enfrentando posturas de ambientalistas, que proponen el cuidado del frágil medio ambiente, y economistas, que creen que la explotación de la región sería una panacea para el desarrollo; algunas otras posturas conciliadoras consideran que la mejor actividad económica es el turismo (Velloso, 2016: 29-32).

Lo cierto es que China, aunque firmante del Acuerdo de París, es el primer emisor de CO₂, según los datos de Global Carbon Atlas, y que incluso, como releva Velloso, “de continuar esta tendencia, el IPCC ha advertido que la nieve y el hielo del Himalaya, que proporcionan grandes cantidades de agua a la agricultura de Asia, disminuirán un 20 % para 2030. Y los glaciares del Himalaya podrían desaparecer en medio siglo, lo que afectaría la supervivencia de más de 500 millones de personas en Asia” (2016: 30).

Conclusión

El sentimiento de vulnerabilidad de larga data, donde las amenazas de separatismo interno son centrales; la visión de la historia como un ciclo de rupturas y reunificaciones, y la concepción de su territorio como inalterable y una unidad indisoluble, propia del pensamiento chino (Wæver y Buzan, 2004: 151-152), explican en parte el accionar de China en el Tíbet, y la importancia que este reviste, sobre todo desde mediados del siglo XX hasta hoy, con más o menos dureza.

Asimismo, su ubicación geográfica al límite de India y la gran cantidad de recursos naturales en su haber, lo mantiene en el radar estratégico chino, así como también en los ojos de Occidente.

En este marco, la integridad territorial intenta, desde Deng Xiaoping, alcanzarse en el marco de iniciativas de desarrollo económico (*Go West, BRI*) que además van en detrimento de las etnias minoritarias, recipientes del impulso modernizador han. Aunque lo étnico-cultural ha logrado visibilidad internacional y se ha presentado como un posible desafío al proyecto del PCCh, resuena aún como irresuelto. El gran desenvolvimiento económico de la zona y la voluntad china, de la mano de Xi Jinping, de ocupar un lugar

importante en la arena internacional, como lo hace, opacan los reclamos y críticas.

Lo cierto es que, con las iniciativas económicas y las migraciones internas, la influencia china en Asia y, particularmente, en el Tíbet se vio fortalecida; su poder como potencia regional y la unidad continental también.

Por su lado, las consecuencias medioambientales que apareja el vertiginoso desarrollo a mediano y largo plazo probablemente afectarán a todo el sistema internacional, resultando un asunto de compromiso para China y el desarrollo de su iniciativa económico- geopolítica.

Bibliografía

- BHATTACHARYA, A. (2013). “China and its Peripheries. Strategic Significance of Tibet”. New Delhi: Institute of Peace and Conflict Studies. Disponible en: <https://www.jstor.org/stable/resrep09198> [Consultado: 5/6/2020]
- BUZAN, B. y WÆVER, O. (2004). *Regions and powers: the structure of international security*. New York: Cambridge University Press.
- CARLSON, A. (2004). “Beijing’s Tibet Policy: Securing Sovereignty and Legitimacy”. Estados Unidos: East-West Center. Disponible en: https://www.jstor.org/stable/resrep06499?seq=1#metadata_info_tab_contents [Consultado: 17/3/2021]
- COHEN, S. B. (2014). *Geopolitics: the geography of international relations*. New York: Rowman & Littlefield.
- FORNILLO, B. (2016). “China en la confrontación global del Pacífico: integrar el sudeste asiático, inhibir el ‘giro estratégico’ estadounidense y atraer al Sur global”. En: *Sudamérica Futuro: China global, transición energética y posdesarrollo*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: CLACSO.
- GIRADO, G. A. (2016). “Implicancias para el desarrollo del Tíbet de la nueva ruta continental y marítima de la seda”. En: *China en 2016: reforma política, programas de desarrollo e inserción económica internacional*. Buenos Aires: Consejo Argentino para las Relaciones Internacionales (CARI).
- GLADNEY, D. (2009). “Fallas étnicas en el oeste de China”. *Anuario Asia-Pacífico*, (1), pp. 121-128.

- GOLDSTEIN, M. (2004). “Tibet and China in the Twentieth Century”. En: Morris, R. *Governing China’s Multiethnic Frontiers*. Seattle: University of Washington Press.
- GROS, S. (2019). “The Chronology of Major Events with Particular Attention to the Sino-Tibetan Borderlands”. En: Gros, S. *Frontier Tibet: Patterns of change in Sino-Tibetan Borderlands*. Amsterdam: Amsterdam University Press.
- HARO NAVEJAS, F. J. (2008). “Beijing frente a las minorías nacionales: la Fe Grande y las Fes Pequeñas”. En: Cornejo, R. *China: radiografía de una potencia en ascenso*. México: El Colegio de México.
- HERNÁNDEZ HERNÁNDEZ, R. (2009). “La contienda por el Tíbet”. *México y La Cuenca del Pacífico*, 12 (34), pp. 39-64.
- MALENA, J. (2018). “La Gran Estrategia de China en la era de Xi Jinping”. En: Llenderozas, E. *China, Rusia e India en América Latina. Un enfoque multidimensional*. Buenos Aires: UNDEF.
- MONTES VÁSQUEZ, C. (2012). “Análisis del papel del Dalai Lama en relación con la movilización internacional en defensa de los Derechos Humanos, en el caso China”. Bogotá: Universidad Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario.
- LEÓN DE LA ROSA, R. I. (2014). “Seguridad y Ascenso Pacífico: Desafíos para la consolidación de China”. En: 4to Simposio Electrónico Internacional sobre Política China. Disponible en: www.asiared.com/es/downloads2/14_3s_raquel_i_leon.pdf [Consultado: 14/3/2021]
- VELLOSO, M. A. (2016). “La estratégica región del altiplano himalayano”. En: *China en 2016: reforma política, programas de desarrollo e inserción económica internacional*. Buenos Aires: Consejo Argentino para las Relaciones Internacionales (CARI).
- RAMÓN-BERJANO, C. (2016). “La iniciativa ‘Un cinturón, un camino’ y el desarrollo del oeste de China: Impactos domésticos e internacionales”. En: *China en 2016: reforma política, programas de desarrollo e inserción económica internacional*. Buenos Aires: Consejo Argentino para las Relaciones Internacionales (CARI).
- RAMÓN-BERJANO, C. (2016). “China: Reflexiones sobre la visión de los intelectuales respecto a la configuración económica y geopolítica actual”. Buenos Aires: Consejo Argentino para las Relaciones Internacionales (CARI). Disponible en: <http://www.cari.org.ar/pdf/at124.pdf> [Consultado: 17/3/2021]
- ROCHE, G.; LEIBOLD, J. y HILLMAN, B. (2020). “Urbanising Tibet: Aspirations, Illusions and Nightmares”. En: Golley, J.; Jaivin, L.; Hillman, B. y Strange, G. *China Dreams*. Australia: ANU Press.

- RODRÍGUEZ, M. E. (2016). “La evolución de la política exterior china”. *Araucaria Revista Iberoamericana de Filosofía, Política y Humanidades*, 18 (35), pp. 301-318. Disponible en: <https://www.redalyc.org/pdf/282/28245351015.pdf> [Consultado: 14/3/2021]
- SMITH, W. (2004). “China’s Policy on Tibetan Autonomy”. Estados Unidos: East-West Center. Disponible en: <http://www.jstor.org/stable/resrep06473> [Consultado: 24/3/2021]
- ZHANG, Y. (2016). “Diversidad y políticas de desarrollo en la frontera étnica de China”. *Etnografías Contemporáneas*, 2 (2), pp. 114-133.